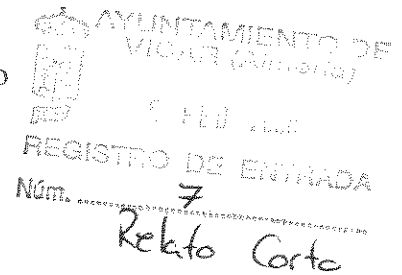


1er Premio. Relato Corto

Tema: Mujer rural **Modalidad:** Relato corto

Título: La gravedad del alma

Seudónimo: Poe



Remedios siente la carga de su alma, algo así como si los días previos a esta fecha se la hubieran ido transformando en hormigón elaborado con recuerdos, emplomada, tan insoportable su peso que de haber tenido consistencia material ya habría derrumbado su cuerpo menudo. Su caminar ya no es como antaño, cuando parecía brisa ligera con su paso breve y veloz, casi de legionario, sino que ahora recorre las callejuelas con la parsimonia de las piernas oxidadas, desgastadas por el uso, semejando con su vestido negro un trazo de carbón contra los muros encalados. Tiene que despedirse y el tiempo apremia, maldito tiempo que se le ha ido escurriendo de las manos como si los años hubieran sido granos de trigo esparcidos en la tierra, tan pocos ya los que quedan por sembrar, la vida que nos engaña antojándose eterna durante los inconscientes años de la juventud, y ahora, en esta amarga recta final, se ve abocada a lo que nunca quiso que ocurriera, el desenlace más desalentador.

Ahí se encuentra con su prima Carmen y se dirige a ella con la confianza de la hermana que nunca tuvo, unidas desde la infancia, casi desde la cuna, tan próximas entre sí sus fechas de nacimiento que casi fueron alumbradas bajo la misma luna, compañeras de travesuras, como cuando se ocultaban bajo el puente que sorteaba la rambla después de alguna trastada y sus madres las buscaban zapatilla en mano, o como en aquella ocasión en que ambas, dos petimetres aún por florecer, le daban a hurtadillas un vaso de vino diario al cerdito que luego engordaría para la matanza convencidas de que así no crecería y sería su mascota eterna. También intercambiaron en la adolescencia las confidencias dulces del amor, ésas que provocaban un escalofrío

placentero o una caricia imaginaria en las noches en vela recordando el baile de las fiestas de san Fernando, en la plazuela, con aquellos muchachos de manos y rostros curtidos a la intemperie que luego se convirtieron en novios y después en maridos, en una sucesión lógica de acontecimientos, siguiendo la secuencia que el libro de la vida marcaba en su índice. Cuánto te eché de menos cuando te casaste y te fuiste a vivir al cortijo, Carmen, le dice Remedios. Pero se reunían cada vez que podían: en la fiesta de la matanza, embutiendo el chorizo y el salchichón que luego se convertían en estalactitas colgados de las cañas, para que secaran bien; o cuando fabricaban entre risas los exquisitos mantecados con esa crujiente cubierta de yema solidificada, o el turrón que les dejaba los brazos molidos de tanto remover circularmente la masa densificada, siempre en el mismo sentido para que no se cortara, y qué decir de aquel pequeño laboratorio de química en que convertían la cocina para mezclar el aceite caliente con la sosa, que luego, como por arte de magia, se trasmutaría en jabón, alquimistas de lo cotidiano. Ya no podré hacerlo, más, Carmen, esto sí que es una pena, no te imaginas cómo me siento: me parece que cada vez que respiro los pulmones se me cierran, agarrotados, y yo lo que quiero es llevar dentro de mí todo el aire del pueblo, conservarlo para que me ayude a mantener vivos estos recuerdos. Un beso de por medio y Remedios continúa su periplo entre callejuelas, entre muros de un blanco cegador que devuelven, desabridamente, los rayos que el sol quiere regalarles.

Con Esperanza, su vecina desde que se casó, puerta con puerta, charla otro rato antes de su despedida, echando mano a las nostálgicas remembranzas amarradas a las neuronas, las calurosas noches de verano en las puertas de las casas como ya sólo se hace en los pueblos pequeños, compartiendo distendida conversación, espantando las altas temperaturas acumuladas en el interior, y algunas mañanas, cuando el alba convertía en diamantes el rocío depositado en las noches puras, las dos se iban a

recolectar los higos chumbos que les hacían perder el sentido, conocedoras de que hay que recogerlos bien temprano para que la humedad sujete las espinas traicioneras que el calor volatiza, sabiduría enraizada en costumbres ancestrales. Luego, a la sombra del patio, las dos pinchaban el chumbo cogiendo el tenedor con la mano izquierda mientras que con la derecha, cuchillo en ristre, los desnudaban con la precisión de un cirujano para después hacer canasta con ellos en un cubo que por momentos se quedaba escaso. En eso sí que eras mañosa, Esperanza, le dice Remedios, y al punto rememora que en otros asuntos no lo era tanto, como cada vez que necesitaba darle el golpe certero al conejo o a la gallina, el momento de actuar de matarife con los animales criados en el corral, carne como Dios manda y no estas porquerías que hoy día nos dan y vete tú a saber lo que llevan. Siempre la llamaba, ay, Remedios, que yo no sé, que esto no es lo mío, y ella los cogía por las patas y asestaba el golpe con precisión geométrica en la nuca del conejo o le quebraba el cuello a la gallina retorciéndoselo como si le diera cuerda a un reloj, amortiguando con mano firme el estertor del animal.

Cuántos momentos compartidos: la visita semanal del lotero recorriendo el pueblecito casa por casa, con la confianza que sólo se da en estos lugares donde se llega a conocer al cliente por su nombre y no con el anonimato inherente a las ciudades, ¡Remedios!, ¡Esperanza!, ¡ya está aquí el que os va a hacer ricas!, y ellas salían a su encuentro con el monedero bien trincado y preguntándole por los números que llevaba, como si el hecho de configurar una cifra bonita les diese mayor probabilidad de acierto. Y lo que tú también sabes, Esperanza, es lo que yo he pasado para sacar adelante a la familia. Porque, en efecto, su vecina fue testigo del coraje de Remedios, de su abnegación, o quizá es que no le quedó más alternativa que adaptarse al guión que se escribe en los pueblos, porque ella tenía claro que a sus padres, cuando se precipitaron en la cruel edad senil, los cuidaba ella, que de su casa no se marchaban a ninguna

residencia geriátrica, a pesar de los quebraderos que le ocasionó su madre con sus continuas escapadas de la casa con la mente desbaratada por la diabetes, o cuando tuvo que asistir al triste ocaso de su padre, aquella persona vigorosa que se libró de un bombardeo en la Guerra Civil, que recorrió en mulo los caminos polvorientos viviendo del estraperlo y que más tarde se dedicó a pintar el campo de colores sembrando trigo y maíz. Cuando la edad avanzada le robó la cordura se convirtió en un fardo que rumiaba las horas desorientado en un sillón, convertido en habitante de épocas ya muertas y que sólo se representaban en el teatro de su mente, alimentado a la fuerza por Remedios, provisto de un pañal que embadurnaba de una mierda profusa y que ella cambiaba con resignación de hija que cumple el papel que se espera de ella, porque si hubiera actuado de otra manera, de haber llevado a su padre a la residencia en la que ella misma pensaba en los momentos de agotamiento y desesperanza, le habría supuesto un golpe insoportable en la conciencia, habría recorrido las calles con la pátina de la vergüenza untando su rostro, eso no se hace en este pueblo, aquí no, Esperanza, era mi deber y así hasta que Dios se lo llevó, porque era mi padre, y porque le quería. Y mientras tanto, cuidando también de su marido y sobre todo de los hijos que pronto se le hicieron grandes, que eludieron la desagradecida carga del trabajo en el campo y en cuanto pudieron marcharon a la capital, se casaron y le dieron nietos, viviendo en esos pisos donde una se ahoga, Esperanza, que te asomas a la ventana y sólo ves ladrillo, y de la calle sube un rumor de coches que termina atontándote, y se respira como a suciedad, y todo el mundo corre, nadie se saluda por la calle, como hormigas a la deriva, siempre con prisas, prisas por darse más prisa aún. Eso no es para mí, Esperanza, no es para mí.

-Mamá, venga. Tenemos que irnos que se hace tarde.

Remedios asiente con la cabeza. Es hora de irse, claro, y por esa razón percibe la gravedad de su alma, de su cuerpo, una fuerza de atracción que la ata a la tierra que no

quiere abandonar. Pero aún no ha terminado, aún quedan algunos que visitar, los más importantes, y se despide de Esperanza con los ojos húmedos y enrojecidos en un remedo de los chumbos rociados al amanecer que ambas recogían.

-Espera un momento, hijo.

Dobla una esquina y avanza con paso vacilante por una de las calles más bellas del cementerio, donde está el panteón donde reposan sus padres y su marido, labrado en mármol Macael donde se proyecta la sombra de una cruz. No es por comparar, pero es más bonito que los anteriores que ha visitado, donde reposan su prima y su vecina, se deleita con su grácil arquitectura, la suavidad de sus formas, el esmero con que siempre lo ha mantenido sin que faltara jamás una flor que perfumara el ambiente de los que más ha querido. Posa la mano sobre la puerta, abatida, y, sobre todo, fija la vista en la fotografía de su marido, en blanco y negro, con el pelo engominado a lo Rodolfo Valentino y tan apuesto. Cuánto te echo de menos, Antonio, cuánto te necesito. Le dice adiós besando el retrato, con devoción, y luego hace lo mismo con sus padres, espero regresar si antes la pena no me ha matado. De reojo, observa el nicho que aún queda vacío y suspira. Sabe que va a ser un viaje de ida y vuelta, como un muelle que se alarga y luego se suelta, que pronto, sin remedio, será ella quien ocupe ese lugar.

Su hijo le tira suavemente del brazo, apremiándola a abandonar aquel espacio habitado por espíritus cuyas voces se amalgaman con el viento y recorren, ululando, las callejuelas del cementerio, rebotando entre los muros encalados y las lápidas bruñidas. Sabe que su hijo tiene prisa, no en vano es un súbdito de la ciudad, amoldado a sus exigencias, a sus costumbres, un ser evolucionado que ya sólo contempla el pueblo como un punto remoto perdido en el mapamundi de su memoria. Él tiene prisa, y además carece de tiempo, tan ocupado en su trabajo que jamás podría cuidarla, como

tampoco sus otros hijos, ahora que se encuentra achacosa, erosionada su estructura por las inclemencias de los años.

Acomodada en el asiento delantero, con su figura enlutada a perpetuidad desde que murió su marido, cierra la puerta del coche como quien pone un punto y final. Por la ventanilla comienzan a desfilan los paisajes que han sido toda su vida: el campo reverdecido por las lluvias, la simetría imperfecta de las filas de olivos y almendros, las bandadas de pájaros sucumbiendo a las caricias de las nubes, el brote sanguinolento de las amapolas mecidas por la brisa. Las lágrimas le desvirtúan la realidad e imagina que, entre las brumas húmedas de sus ojos, le sonríen aquéllos de quienes se ha despedido hace unos momentos: Carmen, Esperanza, sus padres, Antonio, pero ahora son bellos, jóvenes, como ella desea tenerlos impresos en la mente, porque sabe que a partir de este momento tendrá que aferrarse a los recuerdos, que no le quedará otra cosa entre las tristes paredes de la residencia de ancianos donde pasará el resto de sus días.

2º Premio. Relato Corto

AYUNTAMIENTO DE
VICAR (Almería)
21 ENE 2009
REGISTRO DE ENTRADA
Núm. 2
RELATO CORTO

El transiberiano



El Transiberiano

Cuando yo era niña, hace de eso ya tanto tiempo que me veo obligada a acudir a los recuerdos más resguardados de mi memoria, pensaba que mi pueblo era el mundo. Un universo particular donde todo lo que era importante transcurría entre la casa de mi madre, la casa de mis abuelos, la escuela y el campo.

Cuatro puntos cardinales perfectamente delimitados por mis pequeñas manos destinados a cimentar los primeros años de mi vida. Detrás de esas paredes, lo desconocido aguardando a ser descubierto. Apenas unos surcos que asentaban mis creencias en aquellos tempranos años de mi niñez que, poco a poco, fueron ampliándose para dar lugar a un basto mundo que no siempre consideré más cierto que el primero que conocí.

Vivíamos en la parte más antigua del pueblo, cerca de la vía del tren que, en aquella época, rara vez se detenía en la vieja estación y que circulaba exactamente dos veces al día, una por la mañana, de ida, y otra por la noche, de vuelta.

Y yo siempre me preguntaba a donde iría con tanta prisa y porqué nunca se detenía. Únicamente podía sentarme junto al andén e imaginar mil historias que transcurrían en torno a esos vagones llenos de misterio, como en las novelas de detectives ingleses donde aparecía el Transiberiano, abordado por sofisticados espías, decadentes nobles de alta alcurnia venidos a menos o gentes con un turbio pasado que se empeñaban en ocultar, pero que más tarde o más temprano, eran desenmascarados por el sagaz policía en la última página y casi siempre de forma inesperada.

Aquel verano lo recuerdo porque hacía excesivo calor y la sequía amenazaba con devorarnos a todos. Por las ventanas abiertas de los vecinos se escuchaba a la gente hablar en la cocina, o en el salón, o en el bar, quejándose por la falta de agua y lo mal que iba a ir ese año la cosecha. Hoy en día ya no se escucha a la gente, sus voces han sido sustituidas por los aparatos de televisión, que han acabado por invadir el espacio que antes ocupaban las palabras.

En la casa de al lado vivía María, que era mi mejor amiga y teníamos la misma edad. Siempre andábamos juntas, jugábamos juntas, nos sentábamos juntas en la escuela, cantábamos juntas en el coro de la iglesia. Éramos como hermanas y, el hecho de que yo fuera la única niña entre cuatro hermanos, aumentaba ese sentimiento de proximidad con ella. Pasábamos las horas muertas discutiendo acerca de lo que haríamos cuando fuéramos mayores. Era uno de nuestros pasatiempos favoritos. María siempre mantenía que quería casarse con Marcial (que era el hijo del boticario, un niño rubio y con los ojos verdes como las aceitunas, y por el que todas las niñas suspirábamos) y tener muchos hijos a los que llevaría de excursión todos los domingos a la vega. - Pues yo quiero viajar en el Transiberiano, - solía contradecirle - y conocer mundo, como esos países que salen en los libros de geografía que nos hace estudiar Don Matías, el maestro.

En mi afán por los viajes, deseaba fervientemente por las noches que por la mañana, al despertarme, el tren parara en la estación y me diera la oportunidad de subir a él y poder así irme de casa a visitar destinos tan dispares y que invitaban a la aventura como Zambia, o Tombuctú o tan sonoros y evocadores como Bangladesh o Estambul.

Y en eso pasé muchas noches hasta que me di cuenta de que mi deseo de hacerme mayor se acababa de cumplir, y que no todo en la vida son sueños. Mi madre siempre andaba con problemas de salud y las tareas de la casa fueron haciéndose cada vez más cosa mía, ya que mis hermanos se encargaban de ayudar a padre en el campo y la casa, en aquellos tiempos, era labor de las mujeres.

Unos meses después, al llegar una primavera especialmente fría, madre sintió que las fuerzas le abandonaban y en silencio, casi sin hacer ruido, como se comportó ella durante toda su vida, nos dejó. Poco más se pudo hacer por ella que ordenar unas misas a Don Sebastián, el párroco. Fue todo tan rápido que no nos dimos cuenta.

En ese tiempo en el que poco a poco fui dejando de ir por la escuela, las noches eran muy cortas y los días cada vez más largos. Y ya no tenía tiempo de leer libros de geografía, ni de misterio, porque había que terminar la comida, o limpiar, o arreglar la ropa de mi padre y mis hermanos. Y cuando pasaba el tren cerca de casa, tan cerca que hacía temblar los muebles y las lámparas, me acordaba del Transiberiano y se me escapaba algo así como un suspiro, o un quejido, que no se muy bien lo que significaba, pero que me hacía sentir una terrible sensación de soledad que se me clavaba en lo más profundo para provocarme una profunda melancolía.

Quería salir de todo aquel mundo que me rodeaba y que yo no había elegido, sino que me habían impuesto. Pero no encontraba la forma de abandonar mi hogar, mis responsabilidades y en definitiva, mi familia.

Pensé ingenuamente que otro hombre distinto a mi padre o mis hermanos aliviarían, o al menos cambiarían, esta pesadez del espíritu que me sacudía, como si lo que tenemos por dentro pudiera curarse con lo que hay fuera.

Y en los bailes que se celebraban en verano, por las fiestas, que tanto me gustaban, me ponía los vestidos más bonitos, muchos de los cuales me prestaba Maria porque decía que ya no le gustaban tanto o que se habían pasado de moda.

- Pero si el rojo es tu favorito, ¿no te lo vas a poner esta noche?

- No me gusta tanto, además esta temporada no se lleva el rojo, pónitelo tu y no seas tonta, que si no te adornas como es debido no te va a salir novio y no te vas a poder ir nunca de casa.

Y me sentía como una princesa cuando sonaban los primeros compases que la banda tocaba, y giraba, giraba sobre mi misma, como los derviches turcos, entrando en un extraño estado de inconsciencia que hacía que, de repente, no fuera yo la que giraba, sino el mundo a mi alrededor. Yo estaba quieta, firmemente anclada sobre mis pies en la tierra, pero el resto del mundo no dejaba de moverse en mil direcciones que se me escapaban y que nunca paraban.

En esos casos, los chicos del pueblo no querían bailar junto a mi, por que decían que desvariaba y que se me había perdido alguna tuerca en alguna de las vueltas que daba.

- Si no te centras un poco no vas a llegar a nada en la vida – me decía mi padre – y no te vas a casar. No te vamos a encontrar novio. Que voy a hacer contigo. Si tu madre estuviera viva...

Yo le decía que no se preocupara, que no me hacía falta ningún marido, que yo sola me bastaba para caminar. Pero el se reía y decía que era verdad lo que andaban diciendo por ahí, que se me había caído algún tornillo.

Los años fueron pasando, como los trenes, y mis hermanos se fueron casando, o marchando a buscar la vida en la ciudad, por que el campo cada vez era más sacrificado y no daba dinero. Ellos marchaban y yo quedaba allí, cuidando de que no le faltara nada a padre. De vez en cuando hacíamos una excursión, bajábamos a la capital para comprar herramientas o resolver algún trámite administrativo, y yo me quedaba recorriendo las calles, los rincones de una ciudad que para mí era como Bangladesh, pero que distaba mucho de ser lo que yo había leído en los libros de geografía y que poco a poco yo iba olvidando, como tantas otras cosas que la memoria decide arrebatarnos para no hacernos sufrir más de lo debido. Es como el final de una historia que debería ilusionarnos, pero que no nos ilusiona.

- ¿Va usted a subir al tren?

El revisor aguardaba junto al tren, que no dejaba de resoplar inquieto. Era una noche especialmente calurosa de verano. Había metido en las maletas todo lo que tenía, que no era mucho. Toda una vida comprimida en dos maletas y muchos recuerdos abandonados atrás. Solo me quedaba echar una última mirada a lo que se quedaba detrás. A mi casa, al pueblo, a la vida que ahora me parecía lejana, como en una película en blanco y negro con mucho humo. Tras la muerte de mi padre no quedaba nada que me retuviera allí. Había llegado por fin mi momento, ese que tanto había deseado y que no me había abandonado ni una sola vez en todos estos años. Las calles estaban en silencio y solo algún perro gemía lastimosamente en la madrugada. Sentí un estremecimiento y avancé hacía las escaleras del vagón.

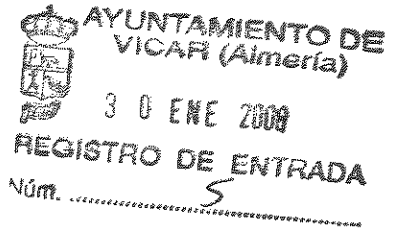
Le entregué las maletas al revisor para que me ayudara a subirlas al tren.

- Es la primera vez en muchos años que el tren para en este pueblo. Debe ser usted una persona importante.

Le miré un momento, sopesando la respuesta.

- Bueno. También es la primera vez que yo me subo a un tren. Así que este debe ser también un tren importante, como el Transiberiano.

MUJER RURAL



Se despierta el almendro y la mujer despierta.
Tenue de frío el río lame las piedras yertas,
alumbrando bostezos en su acuosa armonía,
donde lava su cara al sol del nuevo día.

Es mujer de los páramos, los montes y vaguadas,
que fue eterna doncella y es perfecta casada.
El sol de los desiertos quemó su piel de nieve,
y ella levanta antes que los demás despierten.

Cuando de amanecida empieza su tarea,
la comienza en silencio, dándose a manos llenas.
Es del hogar la esencia, la musa inspiradora
que mantiene ese fuego que alumbra mil auroras.

Es compañera, esposa, maternal consejera,
fiel administradora, cuidadosa enfermera.
Es compendio de todo lo que se necesita,
y sufre sinsabores con paciencia infinita.

Mira que esté en su sitio cada cosa en la casa,
se pasa el día volando, ahora sube, ahora baja.
Cuida que estén provistas siempre sus alacenas,
y ayuda en los trabajos que su mano requieran.

Sentada en su rincón cuenta pasar las horas,
y recuerda otros tiempos y pinta otras auroras.
Y al pensar que no todo salió como quería
ve morir el ocaso cuando se acaba el día.

No tuvo entre sus dudas un amor cuando niña,
su corazón devoto aún reza a Dios con fe.
Vive en un pueblo chico, muy lejos de Sevilla,
y recuerda una playa cuando nadie la ve.

¿Hay más? Por esos campos vivió un amor de fuego,
sus ojos abasaron un corazón labriego,
y sigue con su sueño por prados y molinos,
bajo ese sol de plomo que iguala los caminos.

Entre arrugadas cepas en el tostado suelo,
o entre los prados verdes de rico terciopelo,
por los campos perdidos entre la lejanía,
sueña amores pasados al sol del mediodía.

Una bandada grande de palomas puntea
el limpio azul del cielo sobre la blanca aldea.
Y junto al río, un soto cuajado de alamillos
da paso a un infinito de campos amarillos.

Su corazón le canta la extraña melodía,
que escuchó por los campos que de moza veía.
No tuvo su Quijote nunca esta Dulcinea,
ni un caballero andante que por ella sufriera.

Ni tan siquiera un Sancho que su vida alegrara
entre refranes viejos y palabras gastadas.
Fue siempre esperadora de tiempos inauditos
soñadora de sueños dorados e infinitos.

Su cuerpo esbelto aún, por el inmenso llano
pasea silencioso bajo el sol de verano.
Lozana labradora que acuna sus temores
y espera con anhelo salir de estos terrones.

Es flor entre los mirtos y su fiel compañera,
hermana del almendro, del trigo primavera.
¿Te restará un suspiro por quien soñó contigo
entre espigas doradas de tu dorado trigo?

Mujer rural que vives tu vida sin quimeras,
el paso de los años se marca en tus caderas.
Eres la eterna Aldonza, la del nombre con mote,
la eterna compañera de cualquier Don Quijote.

Mandy

TÍTULO DEL POEMA :

MUJER RURAL

SEUDONIMO DEL AUTOR :

MANDY



<< RECUERDOS DE LA ABUELA >>

Pequeña y arrugada,
eres solo el recuerdo en amarillo
de una foto dentada,
sin mas luz que los carbones encendidos
de tu oscura mirada
que el brillo aún no ha perdido.

Morada universal de la intemperie,
que nació en un lugar entre la nada
de este gran universo de la suerte.
Hasta aquella tranquila madrugada
en la que te encontraste con la muerte
musitando oraciones olvidadas.

De rodillas ante el reclinatorio
pasaron tus ardores juveniles
de rosarios, de ceras, y velorios,
viendo llover despacio veinte abriles
para no terminar en el cenobio
ni andar en boca de correveidiles.

Y darle hilván al sueño de casada
que esperabas desde tu nacimiento,
en el que a prepararte dedicaras
el noventa por ciento de tu tiempo,
para dejar de ser del padre esclava
y servir a otro amo con contento.

Encogida en el miedo de lo extraño
fuiste dando los frutos de tu esencia
con el vientre expandido cada año,
sin comprender, callada en tu inocencia
el porque del nacer con tanto daño
y el porque del vivir con tanta urgencia.

Fuiste tú el huracán de fuego vivo
que defendió la vida familiar,
sin dejarse vencer por el hastío
en el campo, en el huerto, en el hogar,
viendo como llegaba el pronto olvido
de aquel a quien creíste ayer amar.

En el trabajo duro cada día
de los fértiles campos tan amados
fue pasando la vida entre fatigas
con olor de naranjos bien cargados
hasta quedar tu alma sola y fría
con los sueños de antaño desechados.

Mujer de ruda estirpe caminante
que viviste el oscuro del destino
de la oveja merina trashumante
que sigue siempre idéntico camino
que la del compañero de delante.
¿Porqué aceptar sin más tan triste sino?

Tus ojos aun reflejan la tristeza
del pobre labrador que siempre aguarda
al cielo, inclinando su cabeza
esperando hoy el sol, mañana el agua,
hasta llegar a vieja
sentada en un rincón sola y callada.

Abuela de los pueblos olvidados,
mujer de los secretos malheridos
que pasaste del rubio al pelo cano
sin apenas haberte apercebido.
Cuanta expresión de llanto en tu cabeza
y en tus labios, abuela, que tristeza.

Pequeña y arrugada,
eres solo el recuerdo en amarillo
de una foto dentada.

Compendio